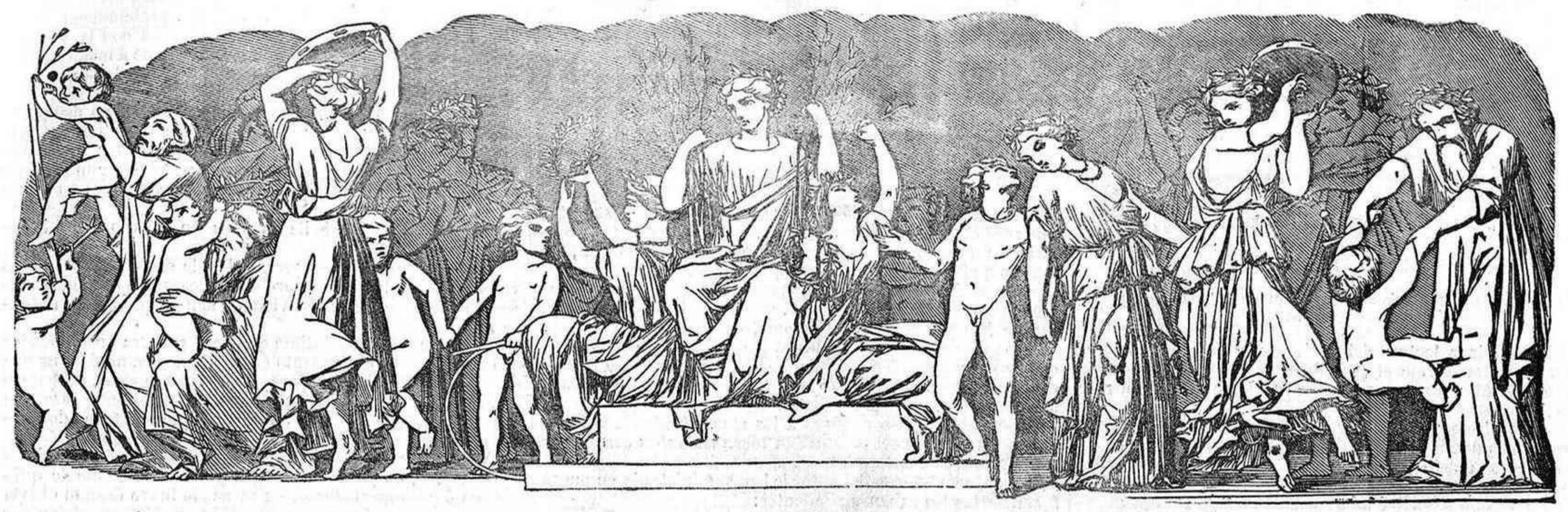
# LA ILUSTRACION ESPAÑOLA.



# MANANAS DE LA GRANJA,

por M. Velisla.

MEDITACION PRIMERA EN FORMA DE PREFACIO.

En la que se trata de los amores del autor, de los del Cid; se manifies-tan saludables y provechosas máximas, y se declara casi la razon de esta obra.

> Otra fulgura sus rayos En mitad del claro dia, Y su lumbre ardiente envia Al árbol como á la flor.

El autor de estas líneas se ha conquistado entre sus amigos y conocidos una reputacion inmerecida de insensible y desapasionado.

Al formar semejante juicio, los que tal opinan se dejan llevar de engañosas apariencias, pues se fundan principalmente en la escelente salud de que goza el que esto escribe.

Los cuadros de Ticiano, Rubens y otros maestros bastan para demostrar que el amor no conduce necesariamente á la demacracion. Los pintores citados le simbolizan en un niño sano y robusto, que tiene abultados los carrillos, el pecho y

Mascaron antiguo.

lo demás de su cuerpo; y digo lo demás, porque por una de las infinitas inconsecuencias de nuestra humana especie, hay cosas que ruborizan escritas y que pintadas se admiran.

Nada tiene pues de estrano que el autor de este escrito, que salió una tarde de su casa con el ánimo tranquilo y despejado, volviese de paseo meditabundo y preocupado, y que este cambio le produjesen unos vivos ojuelos, que desde entonces le persiguen con su recuerdo á todas horas y en todas partes.

Bajo la grata impresion del primer chispazo, pensó en seguir la senda trillada por donde caminan de reata los enamorados de nuestra época.

Trató por tanto de hacerse presentar en la casa por un amigo complaciente, apercibiéndose para la primer visita con los atavíos siguientes:

Una camisa de finísima holanda, Unas botas de legítimo charol inglés, Un pantalon de suavísimo saten, Un chaleco de blanquísimo piqué, Una corbata de lustrosisima seda, Un frac de elegantísimo corte, Un sombrero de delicadísimo pelo, Unos lentes de trasparente concha, Unos guantes de Dubost.

Pero abandonó ese proyecto, dejando á un lado las prendas enumeradas, considerando que otros quince ó veinte adoradores le habrian precedido con suerte adversa en su vista,

Llevando el mismo traje, Subiendo los mismos peldaños, Llamando de idéntico modo, Haciendo igual cortesía, Sentándose en la misma silla, Y diciendo las propias trivialidades.

Hubo pues de prescindir de este medio por sobrado vulgar, porque, escepto el ridículo, nada aterra al que esto es-cribe tanto como la vulgaridad.

Por identidad de razon rechazó, después de un breve examen, el no menos usado recurso de declarar su pasion en una carta, atendiendo á que la que era objeto de su adoracion habria leido, perdóneme la suposicion, por aquellas fechas un centenar de epístolas amatorias,

Concebidas en iguales términos,

Escritas en el mismo papel satiné glacé,

Perfumadas con la misma esencia, Y en las que se la prodigarian las flechas, los dardos y las llamas de que tanto acopio y consumo hacen los amadores. Además de que horrorizaba al autor la idea de que habria de valerse para entregar su ardiente misiva del auxilio de un

criado, ó tal vez del poético aguador. Desdeñando medios tan vulgares, pensó en manifestar su pasion por medio de una brillante serenata; pero desistió tambien de este plan, porque como las serenatas amorosas son en la corte de España remotas tradiciones, era mas que probable que su adorada, equivocando la sana intencion de los músicos, interrumpiese á los arpistas ó guitarristas con una lluvia ó granizada de piezas de dos cuartos.

Sin rubor confiesa que pasó tambien por su imaginacion



Copa de porcelana.

la idea de plantarse á caballo y lanza en ristre sobre el asfalto de la Puerta del Sol, adornado con los colores de su dama y retando á los que negasen su belleza; pero reconoció que esto era impracticable:

1.º Porque, habiendo visto á la que amaba engalanarse sucesivamente con trajes blancos, negros, rosados, verdes, cenicientos, morados, azules, atornasolados, escoceses, listados, de mezcla y chinés, no le era posible averiguar, en confusion tanta, cuál era el color predilecto.

2.º Porque, siendo la generación actual sumamente política y bien educada, nadie incurre en la grosería de desmentir á otro cara á cara, aun cuando le despedace apenas vuelve la espalda.

3.º y último. Porque probablemente solo habia de luchar con algun municipal que le intimase la órden de dirigirse con

todas armas á un cajon, como perturbador de la pública tranquilidad.

Entonces hubo de envidiar el que esto escribe los tiempos afortunados de Ruiz Diaz de Vivar y de Don Suero de Quiñones.

En aquella época en que la galantería era un culto y el amor una religion, habia sobrados medios de demostrar á una dama la vehemencia de los afectos que inspiraba.

Una muger podia creer en el cariño de un hombre que, por acercarse á su reja, despreciaba los riesgos de recorrer à deshora las oscuras y tortuosas callejuelas de una ciudad arábiga, que por ella se lanzaba á los combates, ó esponia su vida en una justa ó un desafio.

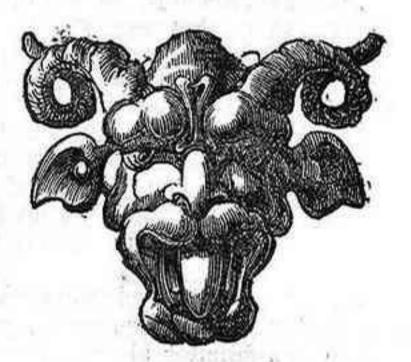
En la actualidad las cosas han variado completamente de aspecto. El que sigue los pasos de una muger en el Prado ó el Retiro, no hace un gran sacrificio, pues goza de los placeres que procura una tarde apacible, un ambiente puro, un sol templado y una vistosa concurrencia, entre la que encuentra á sus amigos ó á otras personas, con las que inicia y termina algun negocio productivo.

El que la sigue á la Iberia ó al Suizo, tampoco hace un gran sacrificio en sentarse á una mesa inmediata y saborear, entre guiño y guiño, una cucharada de sorbete de grosella, vainilla ó crema de café.

El que la acompaña al teatro tampoco hace un gran sacrificio en arrellanarse en una butaca y dejarse arrebatar por la Alboni ó Teodora, Ronconi ó Arjona.

El que la habla en un sarao, tampoco hace un gran sacrificio en bailar agradables polkas ó redowas, cultivando de paso provechosas relaciones, y atrapando al vuelo un vaso de ponche de los que, en magnificas bandejas, circulan por oi salon.

Por último, y esto raras veces sucede, el que se proporciona un duelo no se es-



Mascaron antiguo.

pone á otros riesgos, gracias á la filantropía de los armeros y padrinos, que á los de una ligera indigestion del suculento almuerzo que sirve de habitual epílogo á la bélica parodia.

Así es, que por los afortunados tiempos que atravesamos, cuando el amor no es una especulación, es un recreo agradable, una ocupacion tranquila, un placer sin amargura, una flor sin espinas.

De aquí el que una muger se halle en la imposibilidad de distinguir cuál de sus adoradores es el que la considera como una distracion de sus trabajos de oficina, y cuál el que la idolatra, y vive y goza cuando la ve, y pena y sufre cuando se halla distante de ella.

Antes al contrario, como el amor no consiste en el dia sino en las palabras, las mugeres, salvas ligeras escepciones, presieren al que las cubre de slores, y las deslumbra con una chispeante conversacion, á aquel que sofocado y confuso, solo acierta á tartamudear un cumplido.

Y sin embargo, el primero es capaz á lo sumo de recoger un abanico que se cae en el suelo, y el segundo arriesgaria su vida por una simple mirada.

De las profundas observaciones que el autor ha hecho en la materia, deduce los axiomas siguientes:

1.º El hombre que mejor espresa su amor, es el que menos le siente.

2.º En los jóvenes de menos de veinticinco años, el verdadero enamorado es el que, á la vista de su amada, parece ahogarse en el corbatin.



Caza del jabalí.

3.º El mas apasionado es el que á una hora de conversacion con ella, solo acierta á decirla: ¿cómo está usted? ¿ y mamá? ¡ qué buen tiempo hace! [hace mucho tiempo que no llueve! y otra porcion de cosas interesantes, al paso que con cualquiera persona sabe sostener una conversacion agradable y nutrida de gracia y de chiste.

En este último caso,

fuera de lo que tiene de lisonjero, se hallaba, desgraciadamente, el autor, y presagiando una derrota completa, creyó prudente abstenerse, retirándose como Aquiles á su tienda.

Pero no porque aparentase una calma engañosa, consiguió borrar de su memoria aquellos penetrantes ojuelos, cuyo recuerdo, mas vivo que en otra parte, le asaltó en las flores-

tas de la Granja.

A ellos van dedicados este artículo y los demás que le siguen, pensados bajo la sombra de un frondoso tilo, á las márgenes floridas de un cristalino arroyuelo, y escritos en algunas frescas mañanas, en que se desliza la pluma sobre el papel como el hábil nadador sobre las aguas de la tranquila playa de Biarritz.

Real Sitio de San Ildefonso 1.º de agosto de 1852.

MEDITACION FILOSÓFICA, AUNQUE LIGERA,

en la que se consideran bajo un aspecto enteramente nuevo la poesía, la música y el baile.

Al concluir la lectura del prefacio que antecede, tal vez algun suscritor arroje el periódico, diciendo que no se ha abonado á El Diario para enterarse de declaraciones de amor.

Y sin embargo, ni el autor de estos artículos ha revelado su verdadero nombre, ni ha dado de su adorada otras señas que sus vivos ojuelos, ni ha confesado una pasion con espe-

ranzas.

Y ese mismo suscritor no se alarma cuando lee una gruesa de quintillas consagradas, por ejemplo, á la señorita Doña Juana Francisca Perez y Rodriguez, por D. Braulio Gomez y García, en las que se alaban los purpurinos labios, la nítida frente, la sonrosada mejilla, el albo seno de la dama, y se la pide un ósculo ardiente, con otras lindezas por el estilo que se deslizan inadvertidas entre la cadencia y la rima.

¿Qué privilegio tiene el verso, qué prerogativa el consonante, para que se diga á su sombra cuanto se pasa por la y su familia. mente del poeta, mientras que no se tolera la mas pequeña licencia al pobre prosista?

No es facil adivinar la razon de esta diferencia; pero ella

existe y es bien notoria.

En las sociedades, en las tertulias, en los periódicos, en los liceos se da publicidad á infinitos versos, detestables casi todos, es verdad; pero en los que se describen los atractivos, los encantos de la persona á quien van dedicados, con una prolijidad y exactitud admirable, sin que nadie se ofenda por ello.

Si en una escogida reunion un jóven sacase un rosado papel del bolsillo del frac, y dirigiéndose à una de las jóvenes presentes, à quien solo hubiese visto dos ó tres veces, dijese: «A Anita,» y después de sonarse y toser anadiese: «Quisiera que el viento levantase la manteleta que cubre tu seno turgente para verle latir y agitarse,» es seguro que seria ignominiosamente arrojado del salon por todos los concurrentes, previo el desmayo de la señorita aludida y el ataque de nervios de la mamá.

Pues ese mismo jóven declama:

Soplad ese velo, Sopladle y veré Cuál late y se agita Su seno con él; El seno turgente Do tanta esquivez Abriga en mi daño La flor del Zurguen.

En este caso, como la misma idea está espresada en verso, pierde su arriesgado colorido, y todos los concurrentes se apresuran á felicitar al poeta, el cual se esponja de tal modo con los elogios que le prodigan, que tiene que aflojar disimu-ladamente la hebilla del chaleco.

Escusado es advertir que la composicion citada es del ruboroso Melendez Valdés, del púdico Batilo, del grave magistrado, pudiendo inferir de esto hasta dónde avanzarán otros vates de corazon mas ardoroso, y cuyos arrebatos no encubra

la austera vestidura de la toga.

El autor considera ocioso multiplicar ejemplos; pero se halla dispuesto á probar, que de cien poesías, anacreónticas, amatorias, lírico-amatorias, elegiaco-amatorias y demás de género análogo, no hay dos que puedan ponerse en simple prosa, sin ofensa del pudor de las mismas personas que las saben de memoria y se complacen en recitarlas.

Considerada la poesía bajo este aspecto, puede definirse diciendo, que es una forma convencional, aceptada por la sociedad para espresar todo aquello que no puede indicarse si-

quiera en prosa.

Otro tanto sucede con cierta clase de música.

El que esto escribe comprende muy bien los goces que procura el escuchar á Gardoni ó la Persiani; pero hasta hace muy poco ignoraba la causa de que el mundo elegante acudiese presuroso á infinitas reuniones musicales, en las que, por lo general, se sirven á los concurrentes verdaderos morceaux, como dicen nuestros vecinos, de Rossini, Bellini, Verdi ó Mercadante.

Con solo observar atentamente lo que se hacia y decia en dos ó tres conciertos á que asistió, pudo convencerse de que en las reuniones de esta clase la música no es mas que un

pretesto. Hé aquí uno de los lances que apuntó en su cartera y le

convenció de esta verdad: Un jóven de corta estatura, grueso, patilludo, y sumamente amigo del autor, deseaba espresar á una preciosa niña, de azulados ojos, el volcan que en su pecho ardia.

Si desde un estremo del salon hubiese esclamado á grito pelado «yo te amo», podia contar de seguro con un rumor de universal reprobacion, y prepararse à recibir una tremenda bofetada de un hermano de la jóven, capitan de caballería, de torva mirada y avinagrado gesto.

Afortunadamente el amante tenia, al menos segun aseguraba su maestro, una escelente voz de tenor, y bajo el pretesto de cantar un duo de I Puritani, condujo al piano á la que era objeto de su amor, la cual podia vanagloriarse de ser una tiple, de primer orden tambien, segun su profesor.

Con la mano izquierda apoyada en el piano, y la derecha en

el último ojal del chaleco, el amador dirigió una ardiente mirada á su adorada, y cantó con voz estentórea sobre setecientas veces ¡io t'amo! ¡io t'amo! á lo cual ella replicó con otro requiebro en el mismo idioma, continuando en esta agradable ocupacion, hasta que la terminaron con un gorgorito final de grande efecto, que retembló los cristales de las ventanas, y que los concurrentes cubrieron con una salva de aplausos y bostezos reprimidos.

A continuación el tenor estrechó con entusiasmo la mano de la tiple, la cual correspondió á esta amorosa señal, sin que nadie murmurase ni criticase, porque, habiéndose galanteado en italiano, y sin desafinar apenas, los respetos sociales estaban satisfechos.

A esta pareja sucedió otra que escogió para su escopeteo amoroso el precioso dialecto gitano, admirando á toda la concurrecia el garbo con que cantaron unas coplitas que, en

cuanto á claridad, nada dejaban que desear.

Varios andaluces se apresuraron á declarar que ambos ha-bian cantado con tal propiedad, que en nada desmerecieron del tio Mondongo y la tia Carcoma, celebrados artistas cuya fama vuela de taberna en taberna por los populosos y aristocráticos barrios de Triana y del Perchel. Después tocó preciosísimas piezas un verdadero pianista; pero como este tocaba solo por tocar, nadie prestó oido.

Por último, puso en fuga á los concurrentes la niña del amo de la casa, que se obstinó en tocar las habas verdes por espacio de tres cuartos de hora.

Las observaciones del autor le han suministrado en punto |

á conciertos los axiomas siguientes:

La sociedad tolera que se haga el amor á voz en grito, siempre que los amantes se espresen en italiano ó en caló.

En una soirée musicale, no desafina jamás un soltero con

En un concierto, se divierten con la música el que canta

tres ó cuatro mil duros de renta.

Toda niña con un millon de dote, es mejor tiple que la Frezzolini ó mejor contralto que la Alboni.

El objeto primario del arpa es enseñar el pié y la mano; el secundario pulsar las cuerdas del instrumento.

Pero si en los conciertos la música es un pretesto, en los bailes la coreografía es aun mas indiferente.

Al intentar la crítica de nuestros modernos bailes, el que esto escribe cuenta desde luego con numerosos impugnadores. El baile es una diversion tan natural, dicen los unos, que

hasta los salvajes se entregan á ese pasatiempo. Esto es cierto; pero no lo es menos que tambien se devoran los unos á los otros, debiendo inferir de aquí que el canibalismo es natural al hombre y digno de imitacion.

El baile, dicen otros, se pierde en las noches de los tiempos.

Aun concediendo esto, preciso es confesar que los catarros y las tercianas cuentan una terrible antigüedad, sin que esta reflexion consuele á un solo acatarrado ó tercianario.

Pero no es exacto que sea muy antiguo el baile tal cual le conocemos hoy. No se ha descubierto en as ruinas de Palmira una tarjeta

que diga: La reina Zenobia invita à V. para el baile que se ha de

celebrar para tal dia. EL GRAN CHAMBELAN. - Longino.

Billete personal intrasmisible.—De uniforme.

No se ha hallado en las escavaciones de Herculano una papeleta que diga:

Julio César y señora reciben en la noche de tal, esperando se sirva V. honrarles con su asistencia. Exemo. señor Marco Lépido, señora é hijos.

La razon es bien obvia.

Los puebles antiguos civilizados se divertian en ver bailar; consideraban la coreografía como un entretenimiento semejante á la mímica ó la declamacion; pero jamás presenciaron el estraño espectáculo, tan comun entre nosotros, de un rigodon ó una polka, desempeñada en público por un dictador o un triunviro.

Jamás formaron parte integrante de la educacion de sus embajadores la schotisch, el vals ú otros bailes cultivados con tan feliz éxito por los diplomáticos del siglo actual.

Del baile moderno se dan algunas definiciones notoriamente inexactas.

Segun algunos maestros ya viejos, el baile es un recreo inocente y decoroso; mas parece escusado advertir que esta definicion es anterior á la polka y la redowa.

Segun otros es un ejercicio higiénico; pero la estadística demuestra lo contrario, señalando por origen de la mitad de las enfermedades del pecho ó del pulmon los saraos modernos, en los que rara es la persona que escapa sin una grippe (ya no se dice constipado), ó sin una indigestion adquirida al tomar por asalto la brecha del buffet.

Mas exacto seria definir el baile moderno: un medio admitido por la sociedad para hacer una porcion de cosas que de otro modo no podrian proponerse, siquiera sin manifiesto escándalo.

Un solo ejemplo justifica la verdad de la definicion.

Un jóven, al pasar de un lado á otro de un salon de baile, contempla á una graciosa niña de talle airoso, de cintura esbelta y de dulce mirar.

Naturalmente le asalta el deseo de conversar un rato con ella, de estrechar con su brazo un talle tan divino; pues bien, si se dirigiese á la madre de esta señorita y la dijese:-Senora, desearia hablar aparte con su hija de V., de manera que V. nada pudiese escuchar de nuestra conversacion; quisiera tambien ceñir su cintura con mi brazo, estrechar su mano en la mia, sentir latir su seno sobre el mio, y que sus

dorados rizos viniesen á rozar mi boca; es indudable que la madre así interpelada daria un grito de asombro, que motivaria la ignominiosa é inmediata espulsion del insolente.

En vez de conducirse así, el jóven, prescindiendo de la mamá, solicita el honor de bailar una polka con la niña, la cual accede; y entonces, sin que nadie lo tome á mal, estrecha el talle, siente los latidos, aprieta la mano, y la dice cuanto quiere en un estremo del salon.

Tan cierto es esto, que la infeliz cuyo talle no merece la pena de estrecharse, por mucho que sea su talento, por grande que tenga el corazon, puede renunciar generosamente al baile, como no se halle en la reunion algun pariente próximo ó amigo íntimo que consienta, así se dice, en sacrificarse.

La definicion del baile es pues en cuanto á los hombres exactísima.

Con respecto á las mugeres, el baile es además para ellas una ocasion de lucir una porción de cosas que esconden cuidadosamente en casa ó en visita. Fácil es probar esta asercion.

Si un amigo, por íntimo que sea, penetra en el tocador de una señora en el momento en que tiene levantada la manga de la bata hasta el codo para lavarse las manos, de seguro que se ruborizará, apresurándose á cubrir el antebrazo, y á écharse sobre les hombres un manten que oculte les des dedos de cuello que deja entrever el traje de mañana.

Y esa misma señora espone en un baile á las miradas y comentarios, no ya de los amigos y conocidos, sino de quinientos ó mil espectadores, su torneado brazo desnudo hasta el hombro, y su albo seno y su nítida espalda, que dejan ver libremente el escote de un vestido, cuyo estrecho corpiño

parece á punto de deslizarse hasta la cintura.

No hay madre que no reprenda á su hija si se presenta á comer sin un vestido herméticamente cerrado, aun cuando estén á la mesa un tio ó un cuñado. Y esa misma madre se complace en trazar, de acuerdo con la modista, el traje de baile que ha de ofrecer á los ojos de centenares de personas, indiferentes y desconocidas, las desnudas espaldas de

Verdad es que algunas cubren sus hombros con bordados camisolines; pero su trasparencia revela que estos adornos no tienen otro objeto que el de dulcificar y blanquear la tez de aquellas que no tienen la dicha de ser comparables á la

azucena.

El autor, temeroso de incurrir en la indignacion de todas las madres y las hijas de los suscritores de La Ilustracion, se decide á abandonar esta materia tan espinosa, suplicándoles le manifiesten, de palabra ó por escrito, qué razon hay para que el pudor vede á mediodía lo que autoriza á media noche. MEDITACION TERCERA.

En la que se da en tierra con algunas preocupaciones, y se dejan otras muchas en pié.

A un poeta se le antojó comparar el vellon del cordero con el ampo de la nieve; á otro se le ocurrió presentar á Aquiles como tipo del valor; un fabulista consideró las veletas como modelos de inconstancia; un filósofo calificó de vicio la ociosidad.

Y desde entonces no hay novela, poesía ó comedia en que falte, en una descripcion de un sitio campestre, un rebaño mas blanco que una pella de algodon;

No hay libro en que deje de presentarse à Aquiles como el héroe de los héroes; No hay persona que no aplique el epíteto de veleta al hom-

bre inconstante; No hay moralista que se crea dispensado de declamar con-

tra la ociosidad. Todo esto sucede, porque es mucho mas fácil copiar lo que

otro ha escrito, y repetir lo que otro ha dicho, que examinar las cosas por sí mismo. Una ligera escursion por la provincia de Segovia, poblada de magnificos rebaños, ha bastado para convencerme de que,

si bien los corderos poseen, sobre todo asados, inestimables cualidades, no pueden aspirar á que se les califique de blancos ó nevados. En primer lugar hay muchísimos completamente negros.

En segundo, los que no visten riguroso luto, no pueden considerarse como blancos, mientras no pasen por la colada, porque oscurecen su lana los siguientes objetos:

Una enorme marca roja ó negra, que es la del ganadero; Una cantidad incalculable de polvo, con que se saturan al cruzar el camino;

Una infinidad de yerbas y espinas que se les adhieren fuertemente; Y sobre todo, un número indecible de pequeñas bolitas

de color oscuro, que se resisten á todo análisis literario. Así es que por mi parte, protesto no usar, en las muchas y buenas obras que, andando el tiempo, escribiré, del epíteto de blanco aplicado á un cordero, sin advertir por nota, que el

cuadrúpedo en cuestion ha sufrido una completa lejía, que ponga á cubierto de todo ataque mi probidad literaria. Mas fácil aun es desvanecer la preocupacion que reina con respecto al valor indomable de Aquiles.

Segun Homero y todos los innumerables autores que han venido plagiándole, el héroe griego era invulnerable, escepto por el talon; de modo que las armas de sus contrarios, lejos de hacer mella en su cuerpo, se mellaban en él, al par que las suyas rajaban á los troyanos de arriba abajo.

Nadie se ha sijado en esta circunstancia, que á pesar del talento del padre de la epopeya, convierte cada combate de

Aquiles en un asesinato alevoso y repugnante. Por una contradiccion inesplicable, los mismos que califican de héroe al invulnerable Aquiles, apellidan cobarde al que en un duelo se sirve de una espada que tiene media pulgada mas que la de su adversario.

Y sin embargo el valor del guerrero de la Iliada es solo comparable al de aquel que, al abrigo de una almena, fusila à su adversario á campo raso.

Tan solo en la fuga podia dar Aquiles algun indicio de valor. Esto no es una paradoja, porque naturalmente solo en la

fuga habia de enseñar sus talones al enemigo, y solo en los I talones podiava teni acarle el diente.

Véase pues cómo el gran batallador de Grecia, lejos de ser el tipo del heroismo, es el modelo mas acabado de la cobardía, crueldad y perfidia. Pasemos á las veletas.

Me propongo rehabilitarlas.

Viento es, segun el Diccionario de la lengua, el aire agitado.

La veleta gira á impulso del viento.

Si este sopla del Norte, la veleta marca el Norte; si del Mediodía, señala el Sur; y cualquier direccion que tome, ella le sigue infaliblemente.

Aun en el caso en que el viento indeciso se revuelve en raudo torbellino, la sensible veleta gira sobre sí misma y hace

rechinar dolorosamente sus goznes.

¿Puede darse mayor y mas completo modelo de constancia? Por mi parte desearia que si alguno de mis lectores se viese arrastrado y envuelto en el recio aquilon de la desgracia, la compañera de su vida le siguiese con la misma constancia con que, en ocasion semejante, la veleta que desde mis balcones contemplo, vuelve humilde la cara al Septentrion.

Réstame tan solo desvanecer la preocupacion tan generalmente arraigada, de que la ociosidad, la indolencia, el dolce far niente de los italianos, la nonchalance de los fran-

ceses es un vicio que degrada al hombre.

Brevemente demostraré el error en que incurren los que

así opinan.

El tipo del hombre perfecto, tal cual salió de manos de su Criador, es, sin género alguno de duda, nuestro padre comun Adan; así como la vida mas deliciosa que imaginarse puede, es la que, en union con Eva, pasaba en el Paraiso. ¿Y á qué trabajos mentales ni corporales se entregaban estos tipos de perfeccion?

Dispensada ella de la ominosa tarea de la calceta, del pespunte, el bordado ó el hilvan; libre él de pleitos, guerras, enfermedades, pasaban sus horas en la mas dulce ociosidad?

El dia en que, ingratos, pecaron, se alzó terrible ante su vista el cruel fantasma del trabajo, y se les impuso á ellos y á su descendencia el severo castigo de ganarse el pan con el sudor de su frente.

¿Y por qué ha de reprenderse á aquellos de sus hijos, que mas cuerdos que los otros, aspiran á libertarse del trabajo, y á crearse un paraiso, aunque transitorio, en que reine, como en el antiguo, la diosa de la ociosidad?

El trabajo, ¿no es una pena?

¿No es un acto de cordura en algunos condenados el solicitar indulto?

Degradada sensiblemente la raza humana, la generalidad de los seres que la componen han querido deificar el trabajo, y han llegado á promulgar una absurda ley de vagos que comprende, desde su primer hasta su último artículo, á Adan y Eva, esos tipos de perfeccion antes de su caida.

Lejos de esclamar: «la ociosidad degrada,» los moralistas han debido decir: «el trabajo es un castigo.» ¡Feliz aquel cuyos padres, reuniendo una gran fortuna, han conseguido indultarle de esa pena! ¡Feliz aquel que puede entregarse á la pristina ociosidad de que gozaban nuestros primeros pa-

Más aun en favor del dolce far niente: cuando el Criador ha querido favorecer á un pueblo, ¿qué ha hecho? Ha dejado caer una lluvia de maná por espacio de cuarenta años, de manera que todo el trabajo de sus hijos predilectos se halíaba reducido á la mínima espresion de abrir la boca mirando al cielo.

No quiero poner otros ejemplos históricos por una razon muy obvia.

La erudicion es el colorete de los tontos.

Por otra parte, basta considerar lo que pasa en nuestros dias, para convencerse de que no hay ser racional ó irracional cuyas vehementes aspiraciones no tiendan á la ociosidad, inclusos los moralistas que declaman contra ella, inclusos los economistas que deifican el trabajo, y que han inventado su division para echar la carga á hombros agenos.

Empiezo por los irracionales.

El asno humilde que da pausadamente vueltas á una noria, camina confiado en que cada paso le aproxima á la cuadra, donde le esperan, además de los goces inefables del pienso, el placer sin amargura de reclinarse en la tierra y revolcarse voluptuosamente en el polvo.

La golondrina afanosa cruza con vuelos rápidos los aires, roza sus alas con los cristales del arroyuelo, y en la blanda tierra de los recien levantados surcos, porque sabe que el poco 30 ó 40 leguas de Andalucía, para quien no pensaba volbarro que á sus plumas se adhiere, amasado con su pico, ha de formar el nido en que descansará con su futura familia.

Paso á los racionales.

¿A qué aspiran el comerciante, el abogado, el militar, el

navegante, el literato?

¿Qué causa misteriosa les anima á entregarse á penosas tareas? ¿Qué idea les fortalece en instantes de desacierto? Todos ambicionan, como ahora se dice, hacer fortuna ó

crearse una posicion.

El comerciante se propone, como término de sus afanes, construir un magnifico palacio y pasear en el Prado en una elegante carretela.

El militar desea llegar á la mas elevada graduacion, para disfrutar de un sueldo que se le concede para vivir en su casa y á su manera, bajo la especiosa frase de dejarle de cuartel.

Los insomnios del literato le hacen entrever un puesto en una biblioteca, que le permita contemplar las encuadernaciones de infinitos libros, que se guardará muy bien de abrir. Pero lo mismo el militar, que el comerciante, que el li-

terato, desean ardientemente la faja, la carretela, la biblioteca para divorciarse por el resto de sus dias del trabajo. La palabra jubilacion con que se designa el sueldo que se concede á un antiguo empleado, dispensándole de asistir á la

oficina, proviene sin duda alguna del júbilo que resplandece en el rostro de los agraciados de esta manera.

El sacerdote mas virtuoso considera como premio de sus

afanes las tradicionales dulzuras de la prebenda. Siendo esto así, no se comprenden las declamaciones con que se persigue desde hace dos siglos á la clase mas favorecida del Estado, á nuestra aristocracia, que, salvas raras escepciones, ha tenido el buen sentido de entregarse á la mas

envidiable ociosidad. Los ricos moyorazguistas obran juiciosísimamente abste-!

niéndose del trabajo. Desde que nacen tienen palacios, criados, carretelas, caballos de lujo. Es decir, poseen todo lo que los demás anhelan conseguir por medio del trabajo.

¿Para qué han de poner los medios, si ya han logrado el fin? Los que tanto los critican, los que elevan altares al trabajo, si ponen la mano en el corazon, si hacen exámen de conciencia, habrán de confesar que el móvil de su conducta es la aspiracion á la riqueza; y la riqueza, ahora y en todos tiempos, ha sido la compañera de la ociosidad.

Tal vez oponga alguno á estas reflexiones, que no pocos hombres atormentan su imaginacion, esponen su vida, ponen en tortura su inteligencia por fines mas nobles que los goces materiales: por lograr la fama póstuma.

A estos siento decirles, que en nuestra época ya no hay medio, á no ser un Napoleon, de dar alcance á ese engañoso

fantasma de la gloria.

La prensa ha hecho imposible la fama póstuma. Desde que todo picaro que muere es ensalzado á la par del mas provo ó mas honrado;

Desde que cada cuitado que fallece es considerado como un genio;

En una palabra, desde que todos son célebres, nadie puede aspirar á vivir en la memoria de las futuras generaciones, que

no podrán tener presentes á los innumerables estadistas de primer orden, filosofos profundos, pintores celebérrimos, poetas elevados, militares heróicos, cuyas oraciones fúnebres se estampan por docenas en los periódicos de todos los países del mundo civilizado. mundo civilizado. En la actualidad se hace cómplice de tantas mentiras al

papel, como en otros tiempos al mármol.

En resúmen.

La ociosidad, conquistada por medio del trabajo propio ó de nuestros padres, es el sumo bien á que puede aspirarse en la tierra, y al que, con mas ó menos hipocresía, con mas ó menos franqueza, se dirigen todos los descendientes de los sublimes perezosos que habitaron el Paraiso.

El hombre mas dichoso es el que, libre de cuidados y rodeado de su familia, puede sentarse á la sombra de un árbol, contemplar los caprichosos celajes de la bóveda azulada aspirando el humo de un habano y diciendo: Deus nobis hæc ofia

# LIBRO DE MEMORIAS DE ELISA.

LIBRO DE SUS LAGRIMAS.

(Conclusion.)

»Hugo, que se pasa las horas muertas viendo calafatear su goleta, ha venido á decirme: dentro de cuatro dias podremos embarcarnos y seguir nuestro viaje. Frotábase las manos con cierta satisfaccion interior, y tendió una mirada al equipaje como si se dispusiera ya á dar disposiciones para su mejor arreglo. No dudo que me quedaria muy pálida, porque me sentí frio el rostro, y Hugo se quedó medio asustado contemplándome de hito en hito. Entonces me eché á llorar, bien así como el niño cuando cae, si advierte que ha movido la compasion agena.

»Hugo me tomó una mano y me preguntó por qué lloraba. Yo le respondí: El mar nos va á tragar; la tempestad me ha llenado de terror, y sé que aunque no la hubiera, me moriria de miedo pensando en ella. Pero muger (repuso él), ¿ cuándo todo está dispuesto y se me siguen tantos perjuicios de ir por tierra? No, no (le dije apretando el llanto), vamos por donde quieras, mas que me cueste la vida, si tu ganancia lo exige.

»A esta respuesta mia se quedó parado, reflexionó un rato y luego no supo mas que decir, sino: Por tierra hay en España muchos ladrones...

»Yo que lo ví inclinado á transigir, cobré mas ánimo y le contesté: Y por el mar de todas partes muchisimos piratas: además, Hugo, los ladrones de España, mas que en nuestros bosques, estan en la cabeza espantadiza de los estranjeros.

»Con esto quedó Hugo tan atado, que accedió á que viajásemos por tierra, con tal de que nuestra partida se verificase de allí à dos dias.

»Yo le dí un abrazo de todo corazon, y él se fué luego á

tomar disposiciones en su goleta.

»Ahora bien: dos dias en Málaga, y pisar luego poquito á I verla á ver nunca, no es escasa fortuna!

»Aquí me pasearé todavía dos veces por la alameda, donde el murmullo de las acacias mecidas por la brisa no deja percibir el ruido del mar, que llega manso á acariciar sus playas. Tal vez persuada á Hugo que dentro de algun tiempo vengamos á levantar una casa frente al mas orgulloso de los edificios que fabrican para su recreo estos comerciantes, á los cuales el algodon de Gibraltar y los frutos de los colonos se les convierten en oro entre las manos...¡Ah! Esto agrada, seduce, encanta á los comerciantes, y no me será difícil, creo yo, convencer á Hugo

»Esta noche y la de mañana iré al teatro, oiré la lengua de mi pais, veré la representacion de sus costumbres, y podré señalar por su nombre á cada uno de los concurrentes. »¡Ah! dos dias aun, y luego ir dejando la costa muy des-

pacio, es una felicidad.

»Siete dias consecutivos volviendo siempre la vista atrás! Cada pueblo, cada choza, cada olivo que se me perdia tras un nuevo horizonte, me llevaba un suspiro.

»Allí, desde donde se ven como un panorama los mas feraces valles del reino de Jaen, puesta sobre lo mas elevado de Sierra-Morena, antes de trasmontar el cerro, término de Castilla, lloraron mis ojos, y mi lengua habló para decir:

»Adios, Andalucía! Tus galas son lutos de despedida! Yo te he dejado mi vida, y me llevo en cambio un sentimiento... ¡Ay! acuérdate de mí... Sí, tú no me olvidarás. Retratarás las risas de mis amores en el fondo de tus rios, tus aguas llorarán como yo lloro, y tus bosques se quejarán con mis ayes! Guárdame, Andalucía, un iris de esperanza entre las tintas de tu cielo! El que amé tanto levantará sus ojos á mirarle, y nuestros pensamientos se encontrarán en un punto luminoso!

»Yo estaba loca de entusiasmo, mis gritos resonaron con l

los últimos acentos de un nombre peligroso, y me dijo:-Elisa, pobre Elisa! escucha como te hablan los últimos ecos, ellos conciertan y juegan con las íntimas armonías de su nombre!

»Hugo ha querido que repose en esta venta, de la que hasta el nombre me horroriza, porque cuando parece asilo del caminante, suele ser guarida de asesinos.

»Venta de Cárdenas, yendo de tránsito para lo interior de España.»

Elisa, segun se deduce de sus manuscritos, tocó como puntos de tránsito en Madrid, Vitoria, Bayona, Burdeos y París. En todas estas cortes y capitales se detuvo apenas, segun parece, y si lo hizo vivió tan retraida de la sociedad y solo con sus pesares, que sus notas ninguna observacion arrojan sobre el itinerario que llevó hasta el mismo Stokolmo. A no ser que algunos paisajes trazados con precipitacion, sean cópias de aquellos cuadros de la naturaleza que encontraba sobre el camino, y se adaptaba mas á su melancolía:

Léense, sin embargo, como ya dije antes, muchas frases empezadas y no concluidas, muchas tímidas quejas, ya inculpando el rigor de su madre, ya acriminando su propia debilidad y ligereza; y sin descuidarse de llamar á la divina Providencia en su auxilio, se leen varias evocaciones á la Virgen del Amparo, nombre simbólico que con tanta frecuencia como dulzura se oye sonar en los lábios de las andaluzas.

Estos deleridos ayes, estraviados y perdidos en las regiones profundas del sentimiento mudo; estos lamentos y voces de socorro que llegan interrumpidas como los ecos del que se ahoga, hecha ya mencion de que existen, los pasaremos todos en silencio, porque un libro impreso exige de suyo cierto orden en las ideas, y cierta rutina en la formula imprescindible que nos legaron los primeros maestros del arte, los cuales, si bien es cierto que murieron, no es menos verdad que dejaron en la tierra al buen gusto por siel guardador de sus preceptos.

Después de la última fecha en París, se ven en la cartera de Elisa una en Calais y dos ó tres mas en Lóndres; pero tampoco los renglones á que estas fechas sirven de índice en la cronología del sufrimiento, dicen nada que no esté repetido con distintas palabras en las páginas anteriores. Se conoce que huido de su vista el sol de Andalucía, todo lo demás era

un viaje por el caos.

Esto no hay que estrañarlo. Las mugeres en general no se esplican nada por el saber, ni por la contemplacion, ni por el examen. Así es que no alcanzan a disertar, y se ve que cuando se les presenta ante los ojos un fenómeno de la naturaleza ó un campo desierto y sombrío, se acobardan ridículamente, y de igual modo se abaten sin encontrar salida cuándo se somete à ellas una deliberacion que requiere detenido cálculo y encierra profundidad filosófica. Pero en cambio sus sensaciones son delicadas y sublimes; están dotadas de una imaginacion ardiente y rápida, y de una comprension instantánea y sintética, razon por la que frecuentemente, bien con una sola ojeada, nos enseñan la salida de un laberinto, ó ya nos deslumbran con las palabras de su apasionada elocuencia, 6 ya nos arastran tras ellas, cuando como seres de fatalidad caminan á una perdicion cierta, cantando himnos á la felicidad del amor. De suerte que si á su vez nos pierden, nos salvan y nos encantan, hay alguna cosa de superior en la muger de la cual nosotros carecemos, y que ciertamente no es la refle-xion ordenada, ni la fiolsofía razonadora, pero acaso sea la percepcion, la gala de espresion y el lujo de sentimiento, todo en conjunto, aunque repartido sin órden ni sistema, que es el carácter mas pronuciado en el Libro de Elisa... Tal es á mi ver lo que distingue la fisonomía moral de los dos sexos: el hombre es razonador y profundo, remite sus sensaciones al invernáculo del entendimiento, y la muger las arroja palpitantes del corazon á la boca, y su palabra es fácil, hiperbólica, y está salpicada de imágenes... Pudiera decirse que el poeta andaluz es la perfeccion de la muger, y el poeta aleman la perfeccion del hombre.

Pero cesando ya en esta digresion, que me ha servido un tanto para llenar la laguna que dejan los manuscritos de Elisa, desde el de Sierra-Morena hasta los que voy á copiar, pondré la primera, porque así tambien está en el órden de la lectura, una de sus meditaciones sombrías en Stokolmo.

### MEDITACION.

«El primer califa de la opulenta Córdoba habia nacido entre las pintadas mariposas de la Arabia, y como era estranjero al suelo en que reinaba, cuéntase que jamás tuvo alegría.

»Era el monarca un padre compasivo sobre el trono, á la par que leon generoso en las batallas; de suerte que dilató la huella de sus conquistas, hasta donde su caballo de guerra sintió perdérsele bajo sus piés la tierra en dos distintos mares.

»Pero el justo Abderraman, proscrito de Damasco, maldecido en los almíbares de su pais natal, amaba su patria como yo, y ausente de ella, ni la gloria de un rey pudo distraer un punto su tristeza.

»No amaba la corona, ni á sus mugeres cristianas, ni el sueño de la vanidad le distraia al reposar de sus fatigas sobre el amor de cien pueblos. Abderraman el Grande, cuando la multitud rompia en aplausos en su alabanza, se retiraba á llorar en la soledad, abrazado al tronco de una tierna palmera.

»Este árbol, nacido junto á una choza del árabe, trasplantado á España por mano del monarca, y el único hasta entonces en sus dominios, érale mas halagüeño que los aplausos, érale mas querido que las victorias, y de mavor valía que la corona misma. Era su vírgen odalisca, huérfana como él, y peregrinos ambos sobre estraña tierra.

»Amábala con todo el amor de los recuerdos pasados, tal y como se despiertan en el corazon del desterrado, y la cantaba dulcísimos versos de compasion cariñosa...

Tú tambien, insigne palma, Estás aquí forastera, Tristes lágrimas lloraras, Si cual yo llorar pudieras; Que á mí de pena y dolor Continuas lluvias me anegan.

(La continuacion en la página 398.)



schottisch.

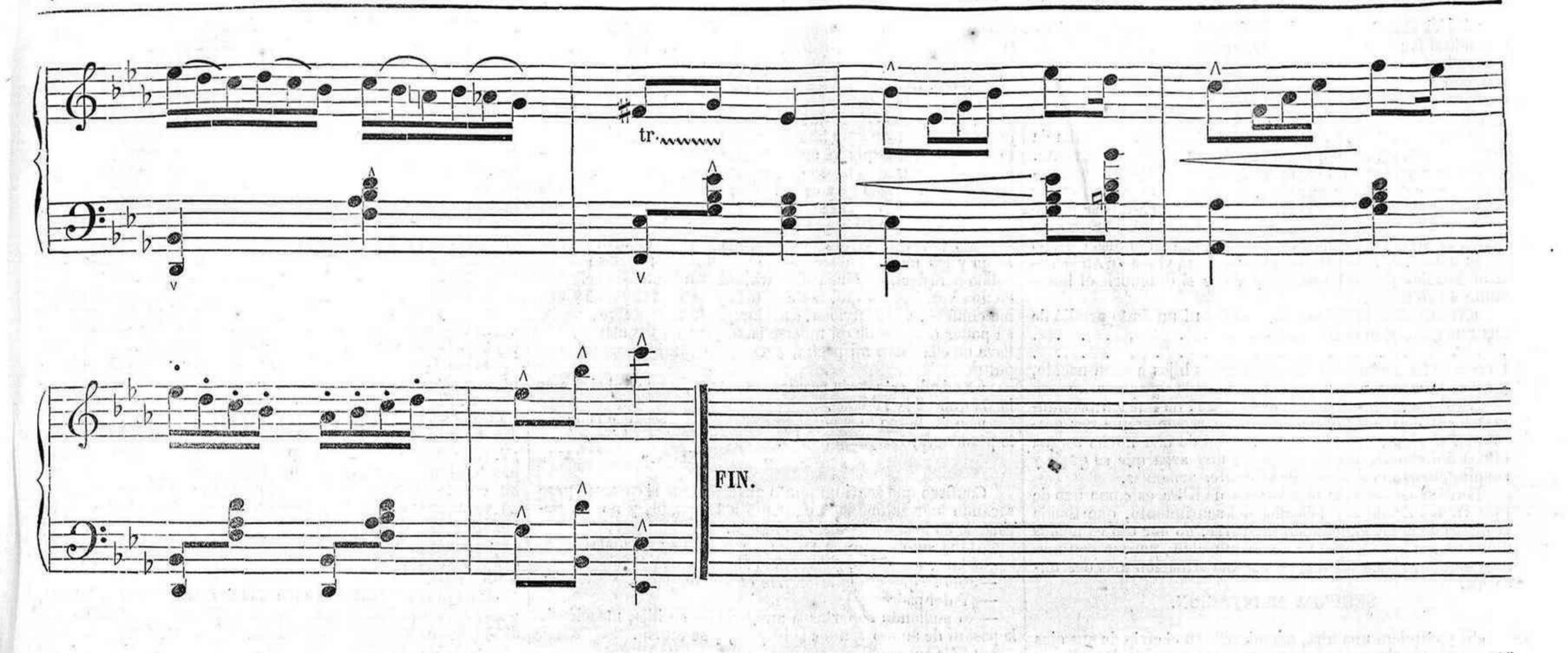
# EL TULIPAN.

COMPUESTO POR HON JOSÉ MORALES Y SANZ,

Y DEDICADO

Á DON JULIAN GARCÍA DE OTAZO.







»Así el amante raptor de la doncella del desierto, desechando el fausto de los alcázares, vivia una vida melancólica, y cuando reclinado al pié de su adorada estaba, y mientras ella con su flotante cabellera le prestaba una sombra bienhechora, entonces la muerte cerró los ojos del buen rey, que

bendijo à la palmera del desierto.

»Cien años después se elevaba al cielo desde el jardin de los humeyas, un árbol que por su altura fijaba al caminante. Tenia amortecido el verdor de sus hojas, los brazos lánguidos le caian como al sauce, se mecia con la nobleza de una reina al andar; y del centro de su copa elevábase un tallo verde, derecho como un vigía, el cual siguiendo los vaivenes de su base, asemejaba un piloto allá en lo mas elevado de su nave... Y aquel árbol era la palmera viuda de Abderraman Anasir, que se levantaba por ver si descubria el horizonte de su tierra.

»Ni una flor brotó en sus tallos, ni un fruto pendió de 

La risa se ha perdido en mis labios; mis hijos no han nacido, y sobre mi corazon no llueve el rocio de la esperanza...»

Estos renglones de la mano de Elisa, no pueden pronunciarse sin dejarnos un sentimiento parecido al que nos gravita en el alma, cuando en la soledad de una noche serena oimos á distancia los preludios de una arpa que se queja y suspira, bañando sus ecos de vibrantes armonías.

Pero si la anterior meditacion de Elisa es como uno de esos vuelos flexibles y delicados del sentimiento, que tiende la niebla de la melancolía sin disiparla, no por eso es menos digna de ser leida la que va á continuacion, porque con menos uncion poética tal vez, revela una situacion mas desconsolada.

#### SEGUNDA MEDITACION.

«Si yo tuviera una hija, me miraria en el cielo de sus ojos para ensayar mis cariñosas sonrisas, así como la doncella de pocos años consulta al espejo los adornos que la han de em-

bellecer en el baile donde su amante la espera.

»Si yo tuviera una hija, la diria: dulce consuelo mio, cuando encuentres un hombre que con solo mirarlo te haga temblar el corazon si él te mira, y los labios si te habla, lejos de ocultármelo, corre, bien mio, á contárselo á tu madre, que ella leerá en tus facciones, en el tono de tu voz, en cada uno de tus mas leves movimientos, y te dirá: ámalo. Y le llamará á él, y de rodillas, si es preciso, le suplicará que ame tambien á la hija de una madre que no tiene otra.

»¡Ay! una hija á quien referir mi vida, y verla llorar; hácia la cual convertir mi pasion entera, y lejos de formularla como ahora con suspiros y lágrimas misteriosas, decírselo á gritos, significárselo á besos, y estrecharla tan apretada en mis brazos, que se quejara de dolor!... Entonces la diria: hija de mi amor! perdóname, estoy loca; y si por haberte hecho daño quieres castigarme, hazlo, y me sabrá bien...

»Mas ¡ay de mí! Estériles mis entrañas, solo han abrigado

el incendio que las devora tantos años há.

»Dios mio! en este estado, sin padres, sin hermanos, en un suelo ageno, enferma y sola... enteramente sola... ¿Cuál es, Dios mio, el anatema que está impreso en mi frente?

»El último mendigo encuentra un hospital donde entra y esclama: socorredme! la cabeza me abrasa, mi estómago desfallece, los piés me faltan. Y yo no puedo ni decir siquiera: la vez primera que lo ví sentí un frio que helaba mis venas, y era el temblor de la fiebre, porque luego me sentí hervir, después deliré, y deliro todavía... Socorredme por caridad como al mendigo...»

Desde aquí en adelante, los manuscritos de Elisa son un verdadero libro de lágrimas: todavía se conocen sobre el papel las gotas llevidas de sus ojos, y muchas palabras estan de tal suerte borradas por el llanto, que solo dejan deducirse por el sentido de las frases que las preceden. Estas son puras quejas, continuados ayes, y la esplicacion instintiva de una dolencia que «lentamente, segun dice, le va sorbiendo la vida».

La última vez que su letra se imprime en la cartera es para dirigirse á su amante, y lo hace en estos términos:

## ELISA Á LEOPOLDO.

"Treinta y un años no completos abrazan el total de mi existencia, Leopoldo mio, y de ellos encerré dos en el pecho de mi madre, diez en los juegos de la niñez, cuatro en el recato mas austero, y los restantes los he consagrado enteros á Parra, otro de los que oian la relacion de mi amigo Floren- juicio de Adelaida debia labrar la desdicha de su querida tu memoria... Hé aquí toda mi vida; respóndete tú mismo si el claustro pudiera haberle sido mas estrecho á tu infeliz Elisa.

»Por fortuna me siento ya morir; una enfermedad roedora consume mis entrañas: una continua tos me advierte por regundos que mi respiracion quiere cesar: la palidez de mi pido. semblante es la muerte, y las ropas flotan desmayadas sobre mi cuerpo, descarnado y sin brio, como los pliegues de la

mortaja en un cadáver.

»Dicenme los médicos que la enfermedad es melancolía, y que el remedio es la distraccion... Pobres doctores del cuerpo! Pretenden medicinar el alma!... Y la distraccion, ¿dénde está para mí? ¿Es acaso droga que se halla en todas partes, para todos de la misma manera? Que busque la alegría, me aconsejan... Alegría para mi alma! Quince años há que si la buscara, pudiera solo encontrarla en el delito... y ya ves, no hay mas que morir, porque los médicos no conocen otro medicamento.

»Cuando el Todopoderoso me va á llamar ante su tribunal para darle cuenta, no quiero callarte á tí lo que á mi Sal-

vador le diré.

»Ya no es tiempo de volver el pié atrás, ni ningun riesgo

nos amenaza con esta confesion.

»Tanto te he amado, Leopoldo, que tu nombre en el fervor de mis plegarias mil veces ha reemplazado al de Dios mismo, cuando á Dios le pedia que apartara de tí mis pensamientos... En mis ensueños has descendido como del cielo s obre mi lecho. En mis delirios febriles descorrias las cortinas de mi alcoba para mirarme y huir... En todas partes, á todas horas, siempre contigo... y tú nunca á mi lado. ¡Ah! y tú nunca á mi lado!!! Esto es lo que me asesina...

»Yo no he podido amar á Hugo, y él vive persuadido de lo contrario. Este fingimiento continuo, esta lucha de la cabeza I

con el corazon, de la compasion con el amor, del deber con participato del deber con la voluntad, me empujan hácia la sepultura, como hácia un lecho de reposo, y ya me hallo á sus orillas.

»Llora, Leopoldo, llora por tu perdida Elisa; pero no culpes à nadie mas que à mi propia debilidad... harto la he purgado, y por esta cartera que en mi postrera voluntad te legaré, juzga tú si mi tormento ha sido escaso. Añádele tu sentimiento al sentimiento que vá marcado en ella, sella tú con tus lágrimas mis letras, y acaso dirán tanto como yo sentia.

»Cuando tú leas esta carta, Elisa estará muerta, y por la

mano que la escribe correrán gusanos.

»Un emigrado de España, sacerdote católico, me fué presentado por mi marido hará quince dias... el disimulo de Hugo y los medios indirectos de que el buen religioso se ha valido para decir que me confesara, me han hecho sonreir mas de una vez. Por último, me adelanté yo á indicárselo á ellos; me confesé, y el religioso, sabedor ya de mi secreto, queda en poner después de mi muerte la cartera en tus manos, y la llave de ella sobre mi pecho, para que conmigo baje à la se-

»Acabada esta carta cerraré la cartera, y no se abrirá mas hasta que tú la rompas.

»Yo no tengo mas culpa que haberte adorado, y Dios me

lo perdonará, Leopoldo mio!...

ELISA.D

Confieso que sentí un punto quebrárseme el corazon; pero sacando fuerzas de flaqueza alenté á Leopoldo, y no me separé de su lado hasta verlo tranquilo.

Al dia siguiente fuí á visitarle y tuvimos este diálogo: -Dime, Leopoldo, ¿has sabido algo del marido?

-Solo sé que el confesor vive en su compañía. -¿Y del padre?

-No pudiendo soportar la ausencia de su hija, mezclósele

a pasion de ánimo con los achaques, y se murió. -¿Y la madre? -Tan pronto como se vió libre, diose á satisfacer caprichos

á sus anchas; mas como los placeres son la carcoma de los capitales, veiasela al principio en coche, teatros y devancos; luego ya, un tramo mas bajo, iba á las diversiones á pié y andando, y últimamente no faltan lenguas que se ocupen en discutir si escarba ó si rebaña el fondo de sus cofres.

De modo que es muy difícil adivinar lo que la aguarda á esa señora.

-No por cierto: la aguarda San Bernardino.

A. Ros de Olano.

### LA PERLA DEL TURIA.

Por Francisco J. Orellana.

(Continuacion.)

Nos hallábamos en una brillante sociedad, en casa de una de las personas mas aristocráticas de Valencia; pues desde e principio del invierno había comenzado á figurar Cándida en los círculos elegantes, y a la sazon se la consideraba indispensable para amenizar con sus talentos toda reunion de buen tono. La noticia de que debia cantar aquella noche la Perla del Turia, como ya generalmente la llamaban, habia hecho que la fiesta estuviese concurridísima, y un enjambre de admiradores de elevada categoría, lo mas distinguido de la nobleza y de la fortuna, rodeaba á Cándida, abrumándola con piropos. Yo entre tanto permanecia retirado, maldiciendo la hora en que aconsejé à D. Julian la introduccion de su amable hija en aquellos centros de la lisonja, sin embargo de que á veces me envanecia el ver objeto de la adoracion general, á la que era señora de mi corazon. Entre aquellos aduladores habia uno, que por su especialisima posicion atraia las miradas de todo el mundo, el cual, acaso por esto, se limitaba á felicitar á mi artista de tiempo en tiempo; pero sin mostrarse asiduo contemplador de las gracias y talentos de ella. No era esta la primera vez que habia yo visto á este singular personaje en los salones adonde acudia la interesante Cándida. Llamábase el principe Farini.

-Valiente militar !... escelente sugeto! esclamó al oir este | bria sido insensible á mis ruegos, y acaso no se equivocaba.

nombre uno de los que componian el auditorio.

-Mucho hay que rebajar de eso, dijo á la sazon el coronel cio. He servido durante la campaña pasada á las órdenes del coronel, es un militar valiente, cuando reconoce superioridad en las fuerzas que manda, sobre las del enemigo, irresoluto hasta la cobardía en los momentos de apuro.

-Pues yo creia... repuso el que primero habia interrum-

-Le conozco perfectamente, dijo el coronel; probablemente V. hablará de oidas.

Mi amigo Florencio escuchaba con un visible placer esta reyerta, que acababa de suscitar el nombre pronunciado por él; y cuando vió confundido al panegirista de aquel personaje, meneó la cabeza en señal de aprobacion, y dijo:

-Puesto que el señor coronel Parra acaba de hacernos una descripcion tan exacta como justa del mencionado príncipe, me considero dispensado de tan odiosa tarea: las palabras del señor coronel habrian parecido sospechosas en mi boca: solamente debo añadir que aquel sugeto, no solo no era caballero, sino que ni siquiera merecia alternar con personas medio decentes. Pero volviendo á mi cuento: la inteligente Adelaida, viéndome triste y retirado del bullicio, aprovechó una ocasion para acercarse á mí, y me dijo:-Hoy ha pisado V. alguna mala yerba, le veo mal humorado.—Como siempre, señorita, contesté procurando sonreirme.—Es decir que siempre está V. de mal humor, lo siento mucho; pero le ruego no se esfuerce en aparecer alegre no estándolo, pues en ese caso me retiro.

Como ya várias veces habia intentado Adelaida desvanecer mi tristeza, sospechaba yo que esta delicada jóven me miraba con especial predilección, y á la verdad temia ser culpable con ella, alentando las esperanzas que hubiese podido concebir: esto era causa de que yo evitase en cierto modo entrar en esplicaciones con ella: si me amaba, era una crueldad decirla que mis suspiros iban dirigidos á otra: sostener

con ella la conversacion sobre un tema galante, sin revelarle mis pensamientos, hubiera sido sacrificarla á mi egoismo. Por consiguiente preferia callar. No obstante, en esta ocasion la detuve por no ser descortés, y ella continuó:

—No es esta la primera vez que veo á V. cabizbajo: ¿habrá

flechado á V. alguna valencianita? Vamos, con franqueza. Semejante pregunta no podia parecerme sino una provocacion directa. Forzoso era contestar algo, sin comprometerme, y resolvi salir del paso con una galanteria que no tuviese consecuencias: con esta intencion, respondí: No conozco mas personas dignas de llamar la atención de un hombre, que V. y su linda hermana. No se trata de mí, repuso Adelaida con viveza.-Ya ve V., hermosa Adelaida, que mal puedo pensar en amores, cuando los dos únicos que conozco son inaccesibles para mi.-Me hace V. pensar, prosiguió ella, que opina mal de mi hermana.—Mal no, contesté: ¿qué estraño es que una jóven hermosa tenga pretendientes?—Acaso sabe V.?... me dijo entonces mirándome fijamente; y mudando de pensamiento añadió: ¿de quién se trata?—Enrique... dije.

Adelaida se estremeció al oir este nombre; noté que se puso encendida, y sin dejarme concluir, esclamó:-¡Será posible!... No: V. se equivoca... continuó sonriéndose: Candida no tiene secretos para mí... me lo hubiera dicho... No: me consta que su corazon está completamente libre... Pero, ¿V. sabe algo?—Señorita, repuse; yo no sé mas sino que él no pierde ninguna ocasion de obsequiarla, y ella parece no recibir con indiferencia esos obsequios, muy naturales y justos en verdad: sin embargo, nadie mejor que V. puede saberlo. -Será posible? repitió Adelaida en voz apenas perceptible y quedándose pensativa. En seguida se echó á reir, y separándose de mí añadió:-Amigo Granados, está V. en un error:

hasta luego.

Cualquiera habria conocido, por las palabras de Adelaida, y sobre todo por su insistencia en hacerme creer que Cándida no tenia ningun compromiso, que deseaba relacionarme con esta. Yo solo entrevi que Adelaida no me amaba, de lo cual me alegré, y que la habia puesto celosa lo que la dije acerca de Enrique. A poco la vi hablando con este, y aunque su conversacion era en voz baja, comprendí que él se ocupaba en desvanecer las crueles sospechas sembradas por mi en el corazon de la jóven. No me quedó duda ninguna de que esta y no su hermana era la amante de Enrique, observando que al separarse ambos me miraron de reojo, y ninguno de ellos volvió á dirigirme la palabra en toda la noche. Al participar á Adelaida mis celos infundados habia perdido mis dos mejores amigos. Una y otro creyeron que yo trataba de indisponerlos, y su conferencia sirvió para estrechar sus relaciones, y considerarme indigno de su confianza, atribuyéndome una bajeza.

Si en aquel momento me hubiese acercado á cualquiera de ellos, fácil me habria sido deshacer esta fatal equivocacion; pero necesitaba confesarles mi flaqueza, necesitaba tambien haber sabido entonces el mal concepto que habian formado de mí: hacerles la confesion de mi amor á Cándida, sobre todo á la hermana de esta, me parecia una ridiculez, una niñada; y como, por otra parte, Adelaida no volvió á hablarme á pesar de su promesa, me pareció inoportuno pedirla una esplicacion de su conducta. El resultado de mi reserva fué por el pronto, que al cabo de un par de horas me fastidié cruelmente en aquella reunion, y me marché sin despedirme de nadie, jurando, en vano por supuesto, no volver á ver á Cándida, hasta que pudiese ofrecerla una posicion digna de ella. Sin embargo, no habria tomado esta resolucion temeraria, á no tranquilizarme la idea de que mi Perla permanecia independiente dentro de su concha.

Después he conocido cuán mal hice en no franquearme con cualquiera de aquellos dos resentidos amigos, y no en vano he jurado ser hablador hasta la imprudencia: no quiero mas secretos. Hé aqui lo que se tramaba, sin yo saberlo, contra Cándida y contra mí; lo que motivó las provocaciones de

Adelaida.

Esta jóven tenia de mí los mejores antecedentes, y me estimaba por simpatía; conociendo á fondo el carácter de su hermana, y el particular aprecio que esta me dispensaba, y sospechando al mismo tiempo mis amores, acariciaba la idea de labrar por sus manos nuestra comun felicidad: pareciale que si yo hubiese hablado al corazon de Cándida, esta no ha-

Este pensamiento adquirió la energía de una decision irrevocable, con motivo de una circunstancia que en el recto

hermana.

El coronel Enrique hacia poco mas de quince dias que se hallaba en Valencia. Una de las autoridades militares de aquel distrito, amigo del principe estranjero y en cuya casa se hospedaba este, se habia constituido en su cicerone, y entre las curiosidades valencianas que le encareció, figuró de las primeras la ya demasiado célebre Perla del Turia. Con efecto, ¿qué mayor obsequio podia hacerse á un príncipe italiano, que el de mostrarle una maravilla en la música?

Enrique vió y oyó á la hermosa jóven, y desde aquel momento... ¿diré se enamoró de ella? No: esto seria profanar una palabra santa: debió parecerle la chica vocato di cardinale. Si la hubiese amado, no seria hoy tan desgraciada!

-¿La sedujo? preguntó la Condesa.

-Peor que eso, señora, respondió Florencio. Desde luego soltó algunas preguntas el miserable acerca de la fortuna de D. Julian; y habiendo sabido que era cuantiosa, pareció alegrarse, y se informó de si Cándida tenia ó no contraido algun compromiso formal.

Semejantes averiguaciones no admiten duda sobre el objeto con que se hacen. La noticia cundió; creo que fui yo el último que no la supe, como sucede á los maridos: y cabalmente el dia que precedió al concierto de que antes he hablado, habia tenido el buen D. Julian consejo de familia, con esclusion de la interesada, para decidir lo que convendria hacer, dado caso que el principe se declarase.

Por su parte, el infeliz anciano veia el cielo abierto: habia dicho mas de una vez en broma, que un principe no era bastante para su hija; pero al acercarse la realización de lo que él creia entonces un vaticinio, al pensar en la arrogante figura del futuro yerno, en el brillo de los entorchados, D. Julian se volvió loco de contento, como cualquier otro en su lugar, y esperaba con ánsia ver realizado su sueño de oro. Reunió a

su esposa y á Adelaida, no precisamente para consultarlas, renta; pero esto pesó muy poco en la balanza de su inclinasino para hacerlas partícipes de su alegría y moderarla, pues temia cometer alguna imprudencia si no desahogaba su pecho. I sino su mano al principe. Qué cosa mas natural que este júbilo en un padre!

-Queridas mias! les dijo, segun he sabido despues: la felicidad se acerca à nuestras puertas: ese brillante caballero, el principe de Farini, piensa pedirme la mano de Candidita. ¿Cómo le recibiré?... ¿Qué le diré que le sea mas halagüeño?... Aleccióname tú, Adelita; tú que tienes tanto juicio ... y tú, Petra, dime ...

-Querido papá! contestó Adelaida con mucha pausa, formando contraste con la vivacidad del anciano; si llega ese caso, que no lo espero, debe V. decir al principe: Caballero, ciéndose mas de que yo nunca habia pensado en su hermana. nunca pude sonar el alto honor que V. me dispensa, acordándose de mi hija para honrarla; permitame V. que me considere indigno de merecer un favor tan distinguido...

-Eso seria negársela! esclamó alarmada Doña Petra. -Espera, espera, dijo D. Julian á su esposa; déjala que concluya. Y añadió volviéndose á su hija: Y qué mas?

-Si despues de esto insistiese el principe, le niega V. ro-

tundamente la mano de mi hermana.

D. Julian quedó petrificado: un rayo que hubiese caido que las palabras de Adelaida. Repuesto de su estupor pidió esplicaciones, y la juiciosa jóven dijo:

-¿Sabe V. que ese hombre es efectivamente un principe? -No lo ha de ser! repuso el padre: un señor que ha hecho la guerra de los siete años al servicio de España; que de nuestro gobierno ha obtenido el empleo de brigadier; que se trata con el capitan general, á quien todas las autoridades conocen y acatan como príncipe; que con este título ha sido admitido en la sociedad de la condesa de B... Vamos, chica, no sé de dónde sales.

y gran señor, razon mas para que no deba V. consentir que se case Cándida con él... D. Julian quiso interrumpirla; pero ella continuó: los príncipes se casan con princesas, no con labradoras: ese señor podrá haberse enamorado de mi her- á V. su efectuado enlace, y le ofrecen su casa, calle de tal.» mana; no lo sé... pero cuando esten casados y pase la luna de miel... entonces... piénselo V. bien, papá: cree V. que ese enlace nos hará señores: yo creo que nos convertirá en esclavos de un advenedizo.

—Advenedizo! esclamó D. Julian horripilado.

-Sí señor: es un estranjero cuyas cualidades no conocemos... y que, añadió Adelaida llorando, se llevará á mi hermana á su tierra, y nos privará de ella para siempre.

-Ah! eso no! esclamaron á un tiempo los padres, y D. Julian prosiguió: se impondrá la condicion, sine qua non, de tud de la noticia.

que Cándida ha de vivir con nosotros.

Adelaida conoció que la usurpaban sus derechos. Permítame V., señora, que me chancee: la broma fué pesada, pero se tomaba la libertad de pensar por sí solo. Insistió, suplicó, lloró, pero no convenció á sus padres; y únicamente logró arrancarles la condicional, de que no hostigarian á Cándida, si consultaria su voluntad cuando llegase el caso.

Adelaida estaba resuelta á impedir aquel enlace, que á su corazon repugnaba; y con este intento se acercó á hablarme | tiempo no acerte á darme cuenta de mis propias ideas. la noche del concierto: habia decidido declararme todo lo que se meditaba, y ofrecérseme como mediadora para con su hermana. Si conseguia que esta se enamorase de mí antes que el principe diese algun paso, creia tener asegurada su victoria. Mi falta de franqueza lo trastornó todo, y Adelaida, creyéndome indigno de Cándida, selló sus labios, y solo pensó en infundir á esta repugnancia hácia el proyectado matrimonio.

Cuando me contó esto, la sensible jóven lloraba y repetia: Mi corazon no me engañaba!... Pobre hermana mia!... Desdi-

chados de nosotros!...

A los pocos dias se vió el pleito de D. Julian en segunda instancia, y lo ganó como lo habia ganado en la primera. Pero el tozudo Ramirez no se dió por vencido, y apeló al tribunal supremo de Justicia. D. Julian me autorizó para que le representase en Madrid, y acepté este encargo con satisfaccion, como porque me acercaba á la fuente del engrandecimiento, y... entonces tenia yo ambicion. Sentí separarme de Cándida; pero me consolaba la idea de volverla á ver pronto, y de presentarme á ella con la investidura de magistrado, pues no me faltaban influencias para conseguirlo. Al despedirme de ella la dije:

-Candidita, espero que nos veremos pronto, y que para

entonces habrá cambiado la suerte.

contestó con una ingenuidad angelical: Si señor, es muy probable.

—¿Y no comprendió V. el sentido de esas palabras? pregunto la condesa de Villapar.

-Señora, repuso Florencio, entonces estaba yo en el

The little of the state of the the manager of the state of the

# Pleito perdido.

habia empleado algunos dias en cerciorarse bien del tanto á que montaban los bienes de D. Julian; en averiguar si este, además de sus fincas, tenia dinero abundante; si era tacaño ó pródigo, y en estudiar su carácter; pero todo esto lo hacia con mucho disimulo, informándose de terceras personas, y como por mera curiosidad, entablando conversacion con su nombre... etc.» el sencillo labrador en los salones, sobre cosas indiferentes, al padre de su futura. Este contestó que esploraria la volun- Señora, todo esto era muy natural; pero nunca se hizo á un tad de su hija; pero que no tenia motivos para dudar de su hombre insulto mas amargo y cruel. adhesion al partido que se le proponia.

Con efecto se consultó á Cándida; mejor dicho, se presentó á su imaginacion, naturalmente exaltada, un cuadro de magnificencia y de esplendor, capaz de trastornar el cerebro mas apático, y ella, jóven, sin esperiencia de mundo, des- objeto de mis deseos, con solo haber sido menos reservado. lumbrada por la apariencia de un porvenir brillante, y de un

cion: en realidad, Cándida no daba su corazon al hombre,

Adelaida no dejó de trabajar para disuadir á su hermana

de aquel ligero consentimiento, y hasta la habló de mí. -Granados, le contestó ella, no ha pensado en mí, pues nunca me ha dicho nada: si él me hubiese amado, yo le habria preferido al principe.

—Eso dijo! esclamó la condesa.

-Ella misma me lo ha referido, señora. Pero á esa contestacion, Adelaida misma tuvo que bajar la cabeza. Recordó mi proceder con ella, y se avivó su resentimiento, conven-¿Hubiera sido decente que ella me solicitase, cuando yo permanecia mudo?

En pocos dias se arregló todo: hubo unas capitulaciones singulares, en las que D. Julian daba doscientos mil reales de dote á su hija, debiendo entregar al yerno cien mil en dinero y alhajas en el acto de firmarse el contrato: el principe por su parte no fué menos espléndido: bajo su palabra regaló à la novia sus estados á las inmediaciones de Nápoles, que rentaban segun él cento milia lire. Prometió todo cuanto el suerepentinamente á sus piés habria producido el mismo efecto gro quiso, y se obligó á establecerse en Valencia con su nueva familia, pues como único vástago de la suya, carecia de parientes que-le inclinasen á huir de su patria adoptiva.

No se podia apetecer mas. Yo entre tanto seguia en el limbo; pero á los quince dias de estar en Madrid recibí una carta de D. Julian, que reconocí por el sobre. La abrí con impaciencia, porque en otras dos que antes me habia escrito me hablaba de su familia, y de la brillante posicion que seguia ocupando su Cándida en la seciedad, lo cual, decia, era en parte debido á mis consejos. Creí que esta vez me hablaría tambien algo de ella, y -Corriente, replicó Adelaida; si efectivamente es príncipe | efectivamente, lo primero que ví fué su nombre: dentro de la carta venia una tarjeta concebida en los términos sacramentales siguientes:

«El principe de Farini y Doña Cándida de.... participan

Mi primer impulso, al leer tan plausible nueva, fué el pegarme un pistoletazo. En seguida me pareció que aquello era una odiosa broma, una impostura; pero entre el tropel de ideas que instantaneamente se amontonaron en mi cabeza, me ocurrió la de que á nadie habia yo comunicado mi pasion, y por consiguiente nadie podia haber pensado en chasquearme. Sin embargo, consideraba imposible aquella realidad: si en lugar del nombre de Farini hubiese leido otro cualquiera, el de Enrique, por ejemplo, habria concebido la verosimili-

El vértigo de atropellados pensamientos cedió en mí al cabo de medio minuto: instintivamente busqué la carta: ignoraba dónde la habia puesto. Tenia los puños convulsivamente fué broma. Ella era el pensamiento de aquella casa, y su padre | apretados, y al estender las manos sobre mi mesa, cayeron de ellas la carta y la tarjeta casi hechas pedazos: desarrugué la primera para ver si encontraba alli la esplicacion del horrible enigma: era efectivamente de D. Julian: la recorrí agitaesta se resistiese á casarse con el príncipe, para lo cual se do; pero no pude enterarme de su contenido: solo comprendí las palabras «felicidad... himeneo... agradable sorpresa».

Conocí que estaba consumada mi desdicha, y en mucho

Al cabo de un mes, segun me dijeron, me sentí débil y convaleciente de una penosa enfermedad. Me contaron que un criado de la fonda donde yo paraba, me habia encontrado exánime en medio del suelo de mi cuarto, bañado en mi sangre y con la cabeza herida de un golpe, que seguramente al perder el sentido me dí contra la mesa: que pasé dos dias sin dar señales de vida, y que al recobrar la sensibilidad, comencé à delirar, repitiendo continuamente las palabras felicidad... himeneo... agradable sorpresa... y algunas veces el nombre de Cándida.

La primera persona a quien reconocí, cuando estuve en mi completo acuerdo, fué á Enrique, el cual estaba sentado a la cabecera de mi cama. El procurador de D. Julian habia escrito á este la noticia de mi repentina y estraña enfermedad, y sabedora de esto Adelaida, comprendió la injusticia tanto por acabar de merecer la confianza de aquel anciano, con que me habia retirado su confianza; sospechó que la causa de mi dolencia era la inopinada nueva del casamiento de su hermana; participó á Enrique sus recelos, y este corrió á prestarme los auxilios y los consuelos que reclamaba mi posicion desesperada.

Yo mismo le habia enterado en mi delirio de la certeza con que habia sospechado Adelaida. El procuró consolarme, y pronto creyó haberlo conseguido, pues mi apariencia indiferente y hasta jovial, la facilidad con que me prestaba á toda Ella sabia ya las pretensiones del principe de Farini, y me clase de diversiones, no podian menos de inspirar confianza sobre mi completo restablecimiento. Entonces pedí á mi amigo la carta de D. Julian, que él habia guardado juntamente con la fatal tarjeta, y acabé de comprender que mi desdicha era obra esclusivamente mia. La carta estaba concebida poco mas ó menos en estos términos:

«Mi querido amigo: Mucho temo que el contenido de esta »le induzca á creer que he tratado á V. con poca confianza; »pues á la verdad debí desde luego comunicarle la felicidad »que á mi querida Cándida esperaba. Esa felicidad la debe ȇ V., pues por sus consejos ha brillado en los salones, don-«El egregio principe, continuó mi amigo con sarcasmo, »de la ha visto el principe de Farini, sin cuya circunstan-»cia nunca hubiera ella aspirado á tan ventajoso himeneo. »Antes de partir V. ya estaba concertado el enlace; pero te-»mia yo que se descompusiese, y no he querido decirle una »palabra, porque aguardaba esta ocasion para darle una agra-»dable sorpresa. Cándida me encarga dé á V. las gracias en

Seguian los mas cordiales ofrecimientos, entre ellos el de y solo cuando estuvo persuadido de que le convenia, se de- la influencia del yerno, que con la mayor amabilidad deseaba terminó á mandar un emisario que declarase su pretension ser útil á todos los amigos y allegados de su nueva familia.

> Cuando lei despacio esta carta temí una recaida, y mucho mas al saber por mi amigo Enrique la fuerte oposicion de Adelaida al matrimonio de su hermana, y las miras que habia puesto en mí; como tambien la posibilidad de haber logrado el

Mi humor tétrico iba haciendo mella en mi salud, vacilannombre distinguido, accedió á todo sin dificultad: únicamente | te todavía. Procuraba fingir que buscaba las diversiones, y la disgustó la edad del pretendiente, que rayaba en los cua- l no hablaba ya nunca de Candida, ni hacia por saber de ella.

Por este tiempo hubo en Madrid un motin, no sé con qué objeto: al oir los primeros gritos me lancé á la calle; arrebaté un fusil à un centinela y me confundí entre los grupos del pueblo que se tiroteaba con la tropa... No sé quién me dió cartuchos; los quemé todos, y no tuve la suerte ó la desgracia de que me tocase una bala, que era lo que yo buscaba. Las bayonetas del ejército apaciguaron la cólera popular: se hicieron prisiones, y supe que me andaban buscando. Morir de un balazo en una barricada no me habria disgustado; pero no me hizo gracia la idea de recibir por la espalda cuatro tiros, en terreno llano y con escolta de honor. Tomé la posta, y me largué à Paris.

-¿Y el pleito? preguntó uno de los oyentes.

-¡Ah!... tiene V. razon, dijo Florencio. No sé en qué pararia: no volví á pensar mas en el pleito de D. Julian, habiendo perdido el mio.

IV.

#### Las piedras son y se encuentran.

Mi amigo guardó silencio, como para reposar de la fatiga que sus recuerdos le causaban. La condesa le dijo:

-Y bien: hasta ahora nada veo que no me parezca natural. Un enamorado que pierde la novia por esceso de prudencia y delicadeza: una muchacha que se casa con un principe por vanidad y por no desechar el primer partido ventajoso que se le presenta: un gran personaje que puede no tener mas que su título, y que aprovecha la ocasion de agregar á él las riquezas de una jóven bonita: todo eso es muy obvio; y a no ser que algun misterio relativo á Farini justifique la condicion en que actualmente se encuentra Cándida, la que, segua V., no es casada, soltera ni viuda, no comprendo...

-Señora, continuó Florencio, no he afirmado que no sea casada; he dicho solamente que ignoro si se la puede calificar de tal. Hasta ahora no he referido mas que el prólogo de mi historia: el drama viene en seguida y es muy corto.

Al mes de mi estancia en París, tomando el café una manana, fijé la vista por casualidad en uno de los periódicos que el mozo de la fonda habia dejado sobre la mesa, como de costumbre, á pesar de que yo casi nunca los leia. La palabra Espagne, tan dulce en el estranjero, me decidió á tomar el papel en que la ví impresa, leí algunas noticias políticas de mi patria, concluidas las cuales, y no teniendo que hacer, segui recorriendo varias columnas del periódico, hasta encontrarme con la cuarta página. Ese mosaico de necedades, añagazas de bobos, pregones del empirismo, la astucia y la miseria vergonzante, y de otras mil cosas raras; ese resúmen de la esplotacion de las necesidades privadas, que en los periódicos se llama seccion de anuncios, ha sido siempre para mí la parte mas amena de la prensa diaria: sobre todo, la de los papeles franceses puede considerarse como un compendio del arte de saber vivir, para el que acierte á descifrarlo.—Así es que comencé á leer varios de los anuncios que mas me checaron por su forma tipográfica. Entre aquel maremagnum de estravagancias, me sorprendió ver un parrafito de tres líneas que estaba allí como avergonzado, el cual decia:

«Madama Cándida de Luque, artista española, se ofrece á »dar lecciones de canto y piano á las personas que la dispen-»sen su confianza, para lo cual pasará á domicilio. Calle del

»Temple, número 107.—Preguntar al portero.» Aunque el apellido de esta profesora de música no era el de mi Cándida, ni tampoco verosímil que la princesa de Farini hubiese bajado de su elevacion á la triste suerte de mendigar lecciones para vivir; y por mas que me pareciese incomprensible la ida de la recien casada á París, me estremecí de piés á cabeza al leer este anuncio, y me levanté con intencion de salir á la calle. Pero reflexionando un momento, conocí cuán descabellada era la sospecha de que aquella Madama Cándida fuese la Cándida que yo habia perdido.—Sin embargo, pensé, esa muger, quien quiera que sea, se llama como ella, es artista y española: he de ir á verla. Probablemente será la viuda de algun émigrado, carecerá de recursos para subsistir, y pus ofrecerla mi amistad.

A pesar de este baen propósito, pasaron dos dias sin que volviese á acordarme de la profesora; pero al tercero volví á ver el mismo anuncio, aumentado con estas palabras: «Enseña en poco tiempo y por una módica retribucion. » Este reclamo queria decir, segun yo entendí, acostumbrado como estaba à leer en aquel libro: «Dadme, por Dios, ocupacion; » pues me muero de necesidad.»

Me acusé de cruel, y sin detenerme un momento fuí á la casa número 107 de la calle del Temple, y pregunté al portero por Mad. Cándida. Mirome con aire socarron aquel individuo, que era viejo sesenton, y me dijo: Ah!... la profesorita de música... Sí... eso es... El caballero irá á tomar lecciones de solfeo!—Cabalmente, le contesté con mal modo.—Ah!... Ah!... eso es otra cosa, repuso el camastron; en ese caso, subid... subid... hasta que no encontreis mas escaleras: la última puerta de la derecha.

Me separé del portero, que se quedó riendo, y comencé á subir siete tramos de escalera, persuadiéndome cuanto mas ascendia de que indudablemente iba á ver á una persona desgraciada y sumida en la miseria; pero al mismo tiempo las maliciosas palabras de aquel hombre me hicieron sospechar que esta persona era jóven, y acaso bella y virtuosa. Será

una huerfana, pensé, y continué subiendo. Luego que llegué al sétimo cielo, me encontré chasqueado: allí habia diez ó doce chiribitiles, habitados por otras tantas familias infelices; pero la última puerta de la derecha estaba cerrada, y nadie respondió á mis golpes. Me armé de paciencia para no incomodarme con el portero, pues conocí que mi brusca contestacion le habia disgustado, y volví á bajar. No hay nadie en aquel cuarto, dije al vigilante sesenton, que ya me aguardaba para reirse á mis espensas.—Ah! con que no hay nadie! Vamos pues, replicó: en ese caso es otra cosa, mademoiselle... es decir, Mad. Cándida habrá salido. Dime tú, Anastasia, añadió hablando con su muger, ¿esta alti la llave de Mad. Cándida? Sí... ahí la veo: eso es, ha salido.—Y sue! tardar mucho en volver? pregunté.—Eso es conforme, si el caballero quiere aguardar... si no la ha entretenido el bordador del boulevart... ó el litógrafo de la calle de... si, no tardará.—Diablo! pensé: si será alguna pájara de cuenta esa madama?

(Continuará.)



Pesadilla de un actor la noche que ha hecho su primera salida.

#### MONOGRAFIA DEL SUSPIRO.

#### (Conclusion.)

Porque desgraciadamente no todas las afecciones que se | fundamente logran tambien afectarnos. manifiestan esteriormente son espontáneas, y entra por mucho en su manifestacion el dolo y la falsía.

¡Líbrenos Dios de un suspiro falso exhalado por unos labios de rosa!

Por nuestra desgracia hemos pasado por la mayor parte de las fases de la vida en que mas se suspira.

Tambien nos hemos visto rodeados de personas que han suspirado mucho.

Ultimamente hemos sentido llegar á nuestro oidos el apagado aliento de un suspiro, que ha sido bastante poderoso á provocar en nuestro pecho una tempestad

de pasiones. En ella han naufragado unas veces nuestras esperanzas y credulidad; etras ha sido precursora de una

calma radiosa, de una dicha inefable. Y con todo, conocemos que nos es casi imposible establecer distinciones entre los suspiros, por mas profundas que sean en realidad.

Un suspiro tan solo es el que no admite dada sobre su origen; uno tan solo no puede confundirse con los demás: existe entre él y sus compañeros una diferencia inmensa: la distancia que hay entre la vida y la muerte, entre la dicha y la desgracia, entre el placer y la amargura.

Y no es esto porque su enunciacion sea mas ruidosa; al contrario, es un suspiro modesto, ahogado, pero que parece arrancado al alma; y que en efecto de ella lo arranca el dolor.

Pero no el dolor físico, no el dolor corporal; el cuerpo no tiene el pudor del alma, y exhala su mal en ayes y quejidos: el alma no revela el suyo mas que con suspiros; y los dolores del alma son dolores morales.

Y estos dolores son los que arrancan al alma aquellos suspiros.

Ved á la tierna y amorosa madre, que sostiene sobre sus trémulas rodillas el yerto cuerpo de su hijo: el

soplo de la muerte ha pasado por su frente de ángel: la mas i preciosa flor del pensil de los amores maternales ha sido tronchada, agostada por el huracan del mal. La madre no llora, porque los dolores intensos del alma no tienen al pronto lágrimas para su consuelo; no llora, no grita; pero suspira. ¿Puede equivocarse con otro suspiro?

Ved al padre bondadoso, honrado. La mano de hierro del infortunio y de la miseria le oprime: sus hijos, almas de su alma, le piden pan; y él no tiene pan que darles. No maldice su destino; no se revela, impotente, contra la desgracia; no acusa al cielo; sufre tormentos indecibles, y... un suspiro se arranca de las profundidades de su alma, y se busca paso al esterior, rasgando su pecho en el tránsito! ¿Puede equivocarse con otro suspiro?

No: este suspiro, al enunciarse, revela su orígen com suma elocuencia.

Pero ni aun todos los dolores morales se revelan tarelocuentemente por un suspiro. Es necesario que el dolor sea intimo, intenso, y que su causa sea grande, no-

ble , virtuosa. Quitadle esta causa al dolor, y el suspiro no hallará tan fácil eco en otra alma; no será tan bien comprendido. Suspira el ambicioso al ver desvanecerse la do-

rada ilusion que lo embarga. Un golpe providencial, porque providencial es siem-pre el que cae sobre el ambicioso, comprime su pecho y da tortura á su alma. Suspira, ó por mejor decir, ruge. ¿No es cierto que es muy difícil comprender ese suspiro bastardo?

El suspiro que exhala el pecho del que odia y ve perdida su venganza, se confunde con el anterior. Ambos son hijos de la ira, del despecho. No es fácil distinguirlos.

Ni tampoco puede establecerse una diferencia sensible entre estos suspiros y el que arranca al alma suspiros y el que arranca al alma

suspiros y el que arranca al alma una pasion sensual burlada, el vicio castigado.

Mas si estos suspiros pueden con-fundirse entre sí, no pueden tro-carse con suspiros de otro órden. No se señalará en qué difieren; pero á todos se les dará un origen inno-ble, impuro.

Esos suspiros no tienen el privi-

legio de conmover, chocan, son repulsivos, y hieren nuestros oidos de un modo desagradable.

Al contrario, otros suspiros nos suenan como una música deliciosa; hallan eco en nuestra alma, y hacen vibrar las cuerdas mas delicadas de nuestro corazon. Goza de este pri nuestro corazon. Goza de este privilegio el suspiro de un amante, cuya alma lo exhala en la plenitud de su amor.

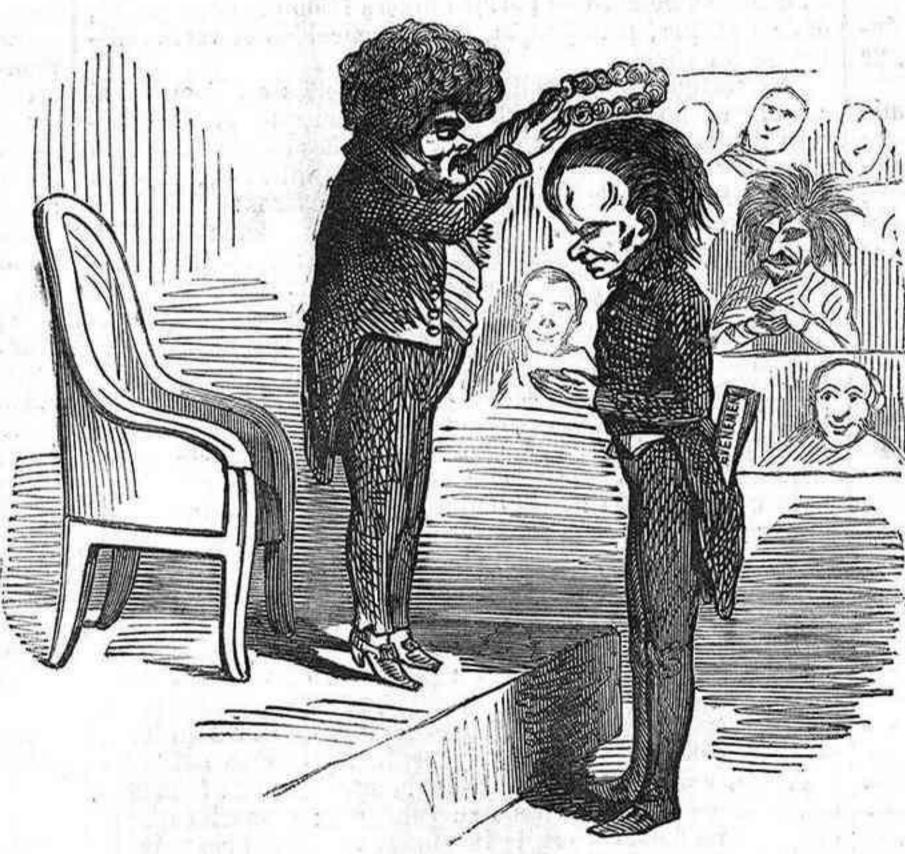
El suspiro de la cándida vírgen que siente un deseo vago, indefinible todavía para ella, que sin causarle malestar le produce inquietud,
y que ansía y teme á un tiempo tome
un nombre, una forma.

El suspiro de la jóven virtuosa,
que vizlumbra el feliz dia en que
ban de encenderse para ella las an

han de encenderse para ella las antorchas del himeneo.

Almas que así suspirais, Guardad para mí un suspiro...

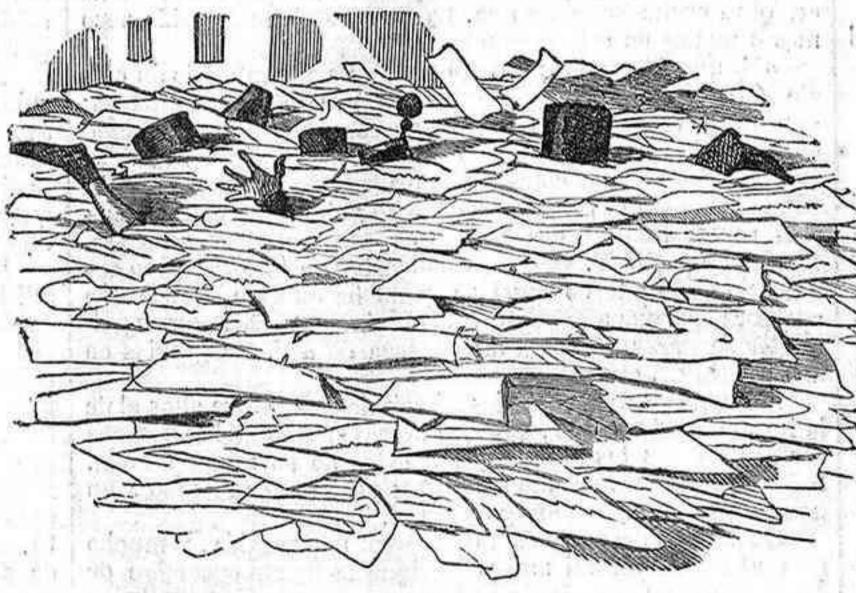
Hay suspiros de otro órden, que sin conmovernos tan pro-



Triunfo de un poeta de liceos de provincia.

de alcanzar un bien que le es debido, y suspira. Su suspiro tiene el poder de afectarnos.

Aféctanos tambien el suspiro que exhala el pecho de la persona á quien amenaza una desgracia que no puede evitar. La dicha inesperada, la felicidad repentina sobrecogen al



Consumo diario de papel de los aprendices de poeta en Madrid.



Satisfaccion que proporcionan al otro dia los elogios de un periódico.

alma, y la fuerzan á suspirar: su suspiro halla igualmente simpatías.

Y el suspiro que arranca una injusticia, á la víctima de

ella, ¿puede sernos jamás indiferente? Mirad al tierno infante, acostado en su cuna, bello como la rosa, cándido como la azucena: el angel de los sueños inocente ha tocado sus párpados, y se han velado sus lím-pidas miradas: sobre sus labios purpúreos asoma una risa pura como ellos. En medio de su plácido sueño se

agita su pecho de un modo imperceptible, y exhala un débil suspiro. Preguntad á la madre que vela á su lado contemplándolo, qué cuerda de su alma corresponde vibrando al infantil suspiro. Preguntad tambien á los indiferentes, si los hay. La una por amor, los otros por esa simpatía tierna que ha puesto Dios en todos los corazones, se sienten interesados, conmovidos por aquel suspiro de la inocencia. ¡Oh suspiro! Tú eres á la vez producto del bien y del mal. Te exhalas con las alegrías del alma, y te exhalas con sus dolores, con sus goces, y con sus tormentos; le causas placer, y le causas pe-nas. Te se desea y te se teme. Y si bien casi siempre eres ingenuo, ¿no eres falso tambien algunas veces?

Falso, sí, y traidor. Por fortuna, solo en materia de

locos amores te manifiestas así.

¿Y es poco por ventura? Si fuese dado al hombre conocer el orígen de los grandes sucesos que han acaecido en el trascurso de los siglos, orígen oculto las mas de las veces entre las nieblas de lo misterioso, acaso te veriamos, ¡oh suspiro! como causa primordial de algunos. Acaso tu leve soplo haya sido bastante á destruir im-

perios poderosos, y à regar con sangre verdes campiñas, que no debieran recibir otro riego que el agua de las nubes, y el sudor de la frente del honrado labrador.

Elena, Cleopatra, Ana Bolena. ¡Quién pudiera conocer el influjo que vuestros suspiros tuvieron en la suerte de algunas naciones!

¿No eres tambien, ¡oh suspiro! una arma poderosa de nuestras constantes y bellas enemigas? ¿No eres un fiel intérprete de sus deseos, tercero de sus antojos? ¿No le sirves unas veces de esplorador, y no te tienen otras como cuerpo de reserva que ha de decidir la victoria, en la accion empeñada por la coquetería y los

Fluctua un hombre honrado entre el temor y la esperanza | halagos? ¿No habrás servido nunca de red ni de cebo contra corazones incautos?...

#### Almas que así suspirais, Nunca suspireis por mí.

Muchas veces las palabras mas elocuentes serian perdidas si no las acompañase un suspiro. Harto lo conoce el bello sexo, y por eso los conserva cuidadosamente en el impenetrable arsenal de su alma.

No los dispensa mucho, porque de hacerlo así se gastarian, perderian de su valor. Una muger suspirando siempre se haria insoportable.

Un suspiro á tiempo tiene un poder mágico; estemporáneo puede llegar á ser ridículo.

¡Oh bellas! estudiad las ocasiones en que debais suspirar; hacedlo siempre que tengais un deseo, y vuestro tirano, el hombre, se muestre reacio en satisfacerlo. Un aderezo, una joya, bien valen un suspiro.

Por lo demás, un suspiro verdadero es al alma lo que el rocio á las plantas, lo que el aire á los cuerpos; se abrasaria, quedaria sofocada sino pudiese suspirar.

Un suspiro es la mas esquisita produccion del alma, es la mas rica de sus emanaciones. Al separarse de la materia para perderse en los espacios, se envuelve en su último suspiro.

Y ahora, bellas lectoras, ¿sabeis qué es lo que produce tambien un suspiro? Lo produce un recuerdo. ¿Suspirareis al concluir de leer este capricho?...

S. CASILARI.

REDACTIOR Y PROPIETARIO, DON ANGEL FERNANDEZ DE LOS RIOS. Oficinas y Estab. Tip. del Semanario Pintoresco y de La Ilustracion, á cargo de Alhambra, Jacometrezo, 26.